

**UN PIONERO EN EL LABERINTO.
ESBOZO DE BIOGRAFÍA INTELECTUAL
DE DON MIGUEL ASÍN
AÑOS DE FORMACIÓN Y PRIMERAS PUBLICACIONES
1891-1913**

por Andrés MARTÍNEZ LORCA
UNED, Dpto. de Filosofía

La distancia sirve, de forma paradójica, para juzgar más objetivamente a una persona y a su obra, para mejor sopesar un sentimiento. En contra de las apariencias, no son la proximidad ni la inmediatez una ayuda para ver mejor, sino causa de frecuente miopía intelectual. Pocas tareas más arduas se podrán asignar a un estudioso como la de escribir de modo crítico y objetivo la historia de su propio presente. Se dice que el tiempo es juez inexorable; y en efecto, lo es. Todo lo que en el alejamiento del ayer no logra conservarse hoy en la memoria, individual o colectiva, cae al pozo sin fondo del olvido. ¿Y qué otra cosa es la cultura sino la transmisión de las creaciones del pasado que, al ser asimiladas, sirven de base para la construcción del porvenir? Por esto, se la imaginó desde la antigüedad como la ininterrumpida cadena que pasa de una a otra generación, mientras por el esfuerzo humano crecen sin cesar los eslabones que la forman.

Éndoxa: Series Filosóficas, n° 6, 1995, UNED, Madrid:
Andrés Martínez Lorca: Un pionero en el laberinto. Esbozo de biografía intelectual de Don Miguel Asín
pp. 37-52.

Hace ya medio siglo, desaparecía don Miguel Asín Palacios, hijo ilustre de Aragón y uno de los más brillantes hombres de ciencia de la España contemporánea. ¿Qué queda hoy de él? ¿Por qué recordamos ahora su figura?

Desde el amargo fin de siglo en el que España perdió Cuba y Filipinas, cuando el joven Asín comienza a publicar sus primeros artículos, hasta su fulminante enfermedad y muerte en los años de aislamiento nacional de nuestra postguerra, el camino que eligió este inquieto arabista se presentaba más como una enigmática aventura que como un programa establecido de investigación. El mismo Asín confesaba en una carta el rechazo general a su trabajo: «Estoy...acostumbrado a oír que todas estas cosas son chifladuras sin utilidad alguna»¹. Sin embargo, no era ninguna veleidad juvenil la tarea apenas iniciada y que le ocuparía una fecunda vida: se trataba, en definitiva, de estudiar el pensamiento del Islam medieval de modo sistemático y crítico.

A valerse por sí mismo le ayudó un maestro de la talla de don Julián Ribera. Y lo impulsó a no desfallecer en el esfuerzo don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien, deslumbrado por el talento del joven erudito, se constituyó en su principal valedor en los medios académicos, no sin antes ponerlo en guardia ante los obstáculos de todo tipo que se alzarían «contra el animoso investigador que se atreviera a emboscarse en este laberinto»². Porque de un laberinto realmente se trataba, y de un pionero que a descifrarlo se ponía.

¹ Carta a don Marcelino Menéndez y Pelayo, fechada el 25 de julio de 1901: Angel González Palencia, «Correspondencia entre Menéndez y Pelayo y Asín», *Al-Andalus*, 1947, vol. XIII, Fasc. 2, p. 407.

² «Prólogo», a Miguel Asín Palacios, *Algazel: Dogmática, Moral, Ascética*, Zaragoza, 1901, p. XII.

El encuentro con Ribera

Como tantos otros jóvenes de su edad, Miguel Asín vaciló durante algún tiempo en sus preferencias intelectuales. Al acabar el Bachillerato en el Colegio del Salvador de los jesuitas, deseaba estudiar Ingeniería Industrial en Barcelona, influido al parecer por uno de sus profesores de Ciencias que había observado en él gran capacidad para las matemáticas, pero falló este proyecto por falta de recursos económicos: el pequeño negocio familiar sólo le permitía cursar una carrera universitaria en su ciudad natal, Zaragoza. Alguna motivación más profunda, fruto sin duda de una intensa religiosidad, lo inclinó pronto en esas fechas hacia los estudios eclesiásticos. Ello no significó, sin embargo, un freno a sus inquietudes intelectuales. A los pocos años vemos ya en las aulas de la Universidad de Zaragoza a un joven seminarista apellidado Asín que se había matriculado como nuevo alumno de la Facultad de Filosofía y Letras.

En 1891 tiene lugar un encuentro que marcaría su vida: Miguel Asín conoce a don Julián Ribera, Catedrático de Arabe en la Universidad. El profesor descubre entonces en su joven alumno el genio inconfundible del futuro hombre de ciencia. Y el seminarista-universitario encuentra en Ribera a un maestro siempre a su lado. «Maestro y discípulo se unen entonces para siempre, formando aquella inolvidable pareja de Dioscuros del arabismo español que recordarán siempre la Universidad y las Academias, y que sólo la muerte de Ribera pudo disolver»³.

³ Emilio García Gómez, «Don Miguel Asín, 1871-1944. (Esquema de una biografía)», *Al-Andalus*, 1944, vol. IX, fasc. 2, p. 270. Esta inestimable biografía de don Miguel, publicada con motivo de su muerte en la Revista que él fundara, sigue siendo la mejor reconstrucción disponible de este período. Sobre Asín escribió su maestro Ribera un magnífico apunte biográfico en el discurso de contestación en el acto de recepción como miembro de la Real Academia Española el 26 de enero de 1919: *La escatología musulmana en la Divina Comedia, discurso leído en el acto de su recepción por D. Miguel Asín Palacios, y contestación por D. Julián Ribera Tarragó*, Madrid, 1919, pp. 388-403. Y sobre Ribera publicó a su vez Asín un interesante estudio en su «Introducción» a Julián Ribera y Tarragó, *Disertaciones y opúsculos*, tomo I, Madrid, 1928, pp. xv-cxvi.

La Tesis Doctoral sobre al-Gazzālī

El primer trabajo importante de investigación que llevó a cabo Miguel Asín fue su Tesis de Doctorado sobre al-Gazzālī y su filosofía, leída el 23 de abril de 1896 en la Universidad Central de Madrid. Ella representó una notable contribución al arabismo europeo dentro del campo del pensamiento islámico. Para el joven estudioso aragonés significó, de hecho, su incorporación plena, por méritos propios, al núcleo restringido de los grandes medievalistas españoles de la época, encabezados por el prestigioso académico don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien había formado parte de su Tribunal de Tesis. Siete años más tarde, el 24 de abril de 1903, culminaba Asín su brillante carrera universitaria con la obtención de la Cátedra de Lengua Árabe en la Universidad de Madrid, gracias a la generosidad de don Francisco Codera, que se retiró voluntariamente para dejarle paso, y de don Julián Ribera que aceptó quedarse lejos de Madrid, en un segundo plano, para ayudar a su discípulo. ¡Hermoso ejemplo de generosidad, raro ayer e inimaginable hoy en nuestra burocratizada Universidad!

Después de corregir algunos detalles y de ampliar los fragmentos traducidos en los Apéndices, el texto de la Tesis, precedido de un prólogo de Menéndez y Pelayo, fue finalmente editado como libro, el primero en la amplia bibliografía de su incansable autor⁴.

La estructura de esta obra es la siguiente: una Introducción (que comprende seis capítulos), el estudio central dedicado al pensamiento de al-Gazzālī (integrado por quince capítulos), y tres Apéndices finales. En la Introducción, que es un poco cajón de sastre, se consideran de modo esquemático tres tipos de problemas: 1º. El desarrollo del pensamiento en el Islam medieval, es decir, la filosofía heredada de los griegos o *falsafa*, la teología especulativa o *kalām*, y la mística del sufismo o *taṣawwuf*; 2º. La indiferencia religiosa en el mundo árabe; y 3º. El fenómeno de las sectas islámicas.

⁴ Miguel Asín Palacios, *Algazel*, cit.

Quizá fuera algo precipitado que en esta primera aproximación Asín se fijara como objetivo nada menos que abrir su investigación con una síntesis global del Islam, tanto desde un plano religioso como filosófico-teológico. En cualquier caso, se observa en estas páginas iniciales un esfuerzo por superar la profunda incomprensión occidental del mundo islámico, anclada en prejuicios y luchas seculares. Para ello recurre a la utilización de fuentes literarias árabes y a la reflexión crítica sobre la más innovadora, aunque escasa, erudición arabista europea. La contribución de Asín representa un avance historiográfico, pero aún insatisfactorio: la religión islámica, por ejemplo, es vista todavía de modo sesgado, con "ojos" cristianos, y su análisis del pensamiento árabe-islámico resulta claramente insuficiente, como muestra su pobre valoración de Averroes.

Reconozco que, a la distancia de casi un siglo, es tarea fácil hacer una crítica del primer libro de Miguel Asín. Lo que en verdad resulta admirable es que el propio autor, cuando aún estaba sin terminar la impresión, añadiera al final del volumen, en los *Addenda et corrigenda*, la siguiente nota a pie de página: «Cuando comencé la redacción de este trabajo, los materiales con que contaba eran escasos y mi preparación imperfecta. Después que he podido estudiar los principales escritos de Algazel, especialmente el *Ihía*, y otros libros de filósofos y teólogos musulmanes, confieso que la *Introducción* de este volumen me parece bastante incompleta en muchos puntos. Pero la impresión estaba ya comenzada y no era cosa de rehacerla»⁵. Este ejemplar reconocimiento de los defectos de su investigación nos revela un rasgo distintivo de la personalidad de Asín: su modestia intelectual, la sinceridad a toda prueba que lo caracterizó siempre. Y también esa permanente búsqueda de la verdad que define inequívocamente a los filósofos de raza.

⁵ Ibid., p. 911.

El estudio que Asín dedica a al-Gazzālī comienza con su biografía, que tiene el mérito de estar basada en fuentes árabes. A continuación analiza el pensamiento al-gazzaliano, contenido tanto en su viva polémica contra los filósofos como en sus críticas al literalismo de los teólogos. La mayor parte del estudio se centra en la exposición de la doctrina moral y ascética de al-Gazzālī. El logro principal de la investigación de Asín consiste en haber sabido reconstruir por primera vez de modo integral el pensamiento filosófico-teológico al-gazzaliano, en contra de una arbitraria escisión que arrancaba del siglo XII. En efecto, Domingo Gundisalvo tradujo al latín el *Maqāṣid al-falāsifa* con el título *Logica et philosophia Algazelis arabis*⁶, pero suprimiendo el prólogo y la conclusión, donde precisamente subrayaba su autor la finalidad de la obra, a saber, exponer simplemente las opiniones de los filósofos sobre Lógica, Física y Metafísica, aunque «sin distinguir lo verdadero de lo falso», pues tal tarea quedaba reservada para una obra posterior, el *Tahāfut al-falāsifa*, «donde se evidenciará la falsedad de lo que realmente es falso en todas estas opiniones». Esta traducción, realizada en Toledo hacia 1150, circuló con gran éxito en la Europa medieval, sirviendo como excelente resumen de la filosofía aristotélica, fue utilizada con frecuencia por la Escolástica cristiana, y considerado su autor como un filósofo árabe del rango de al-Fārābī e Ibn Sīnā.

En el siglo XIX, con el redescubrimiento de Averroes por S. Munk y E. Renan, volvió a ser citado al-Gazzālī, pero esta vez no como notable filósofo árabe sino precisamente como el enterrador de la filosofía y campeón de la ortodoxia en el mundo islámico por su obra *Tahāfut al-falāsifa* o *La destrucción de los filósofos*. Por su parte, Miguel Asín sacó a la luz la génesis, a veces contradictoria, del pensamiento de al-Gazzālī, desde sus exposiciones sobre los principales tópicos de la enciclopedia griega hasta su polémica contra los filósofos islámicos, pero incluyendo también la crítica a

⁶ Hay traducción castellana del P. Manuel Alonso: Algazel, *Maqāṣid al-falāsifa* o Intenciones de los filósofos, Barcelona, 1963.

los *mutakallimūm* en una serie de cuestiones y, en especial, sus propias doctrinas teológicas y místicas, hasta entonces prácticamente ignoradas en Occidente. Conectaba así con una interesantísima fuente escolástica hispana, el dominico del siglo XIII Ramón Martí, quien en su *Pugio fidei adversus Mauros et Iudaeos* se había aprovechado con fines apologeticos de algunas doctrinas filosófico-teológicas al-gazzalianas, que fecundarían a su vez una de las grandes aportaciones teológicas de la Escolástica cristiana, la *Summa contra gentes* de Tomás de Aquino. Así, como era de esperar, avanzó con su Tesis respecto a la historiografía filosófica anterior y descubrió que para al-Gazzālī el conocimiento interior y la experiencia mística estaban por encima del racionalismo filosófico y del formalismo teológico; que, más allá de la sabiduría humana, lo que verdaderamente le importaba era la piedad religiosa. Por ello, colocó en el centro del pensamiento al-gazzaliano la vivificación del espíritu religioso⁷. Entre la rigidez de los alfaquíes y el formalismo de los teólogos, al-Gazzālī busca un camino propio que conduce a la renovación de la religión y, en último término, a la experiencia mística, al sufismo. Esta actitud provocó una lógica desconfianza entre los espíritus conservadores, lo que explica la persecución sufrida en alguna época por sus doctrinas.

Menéndez y Pelayo captó bien otra de las lecciones que Asíñ extraía de su Tesis, la necesidad de renovar el pensamiento cristiano contemporáneo a semejanza de lo que hicieron los grandes pensadores escolásticos en sus préstamos de los árabes: «...debemos en nuestros días aprovechar todo legítimo progreso que aparezca en la literatura filosófica contemporánea, seguros de que así haremos avanzar a la filosofía cristiana más y mejor que

⁷ No comparto evidentemente la valoración de Mikel de Epalza respecto a la afinidad de Asíñ con la *ortodoxia* de al-Gazzālī, a diferencia de Massignon atraído por la *herejía* de al-Hallāy. Creo que lo que le interesaba de verdad a Asíñ no era tanto la ortodoxia en sí, cuanto la viva religiosidad de al-Gazzālī. Véase su artículo «Massignon et Asíñ Palacios: une longue amitié et deux approches différentes de l'islam», *Cahiers de l'Herne*, Paris, 1970, 13, p. 167.

permaneciendo petrificados en los textos que ya pasaron, atentos exclusivamente a repetirlos y comentarlos»⁸. Esta posición crítica de Asín dentro del campo católico constituye un aspecto muy importante de su evolución intelectual, poco valorado hasta hoy, y sobre el que volveré más adelante.

El viejo y erudito académico, consciente de la menguada historiografía islámica entonces disponible en Europa y de la escasez de textos filosóficos árabes editados, intuyó muy pronto el papel que podría jugar aquel animoso estudiante zaragozano en la cultura española del siglo XX. Observó que estaba «dotado de condiciones verdaderamente privilegiadas lo mismo para los estudios semíticos que para el cultivo de la historia de la filosofía», y elogió su Tesis doctoral como «producto de erudición sólida y firme pensamiento»⁹.

Los artículos sobre Avempace

El comienzo del nuevo siglo, cuando todavía estaba en carne viva la crisis nacional abierta el año 98 con la pérdida de los últimos restos del Imperio colonial, trajo consigo la aparición de la *Revista de Aragón*, que pretendía elevar la conciencia cívica de los aragoneses y servir de fermento cultural en momentos de pesimismo generalizado. Impulsaba tan sugestiva publicación regional el siempre activo don Julián Ribera, que agrupó en torno suyo a un ilustrado grupo de profesores de la Universidad de Zaragoza. Bajo la dirección conjunta de don Eduardo Ibarra y don Julián Ribera, colaboraron, entre otros, en la revista Juan Moneva, Francisco Codera, el sacerdote y futuro Catedrático de Filosofía de la

⁸ Prólogo a *Algazel*, cit., p. XXXIX. Las palabras son de Asín, aunque Menéndez y Pelayo las hace suyas.

⁹ *Ibid.*, p. xv. Don Julián Ribera, por su parte, valoró así, en el discurso de contestación con motivo de su ingreso en la Real Academia Española, el *Algazel* de su discípulo: «Asín, pues, realizó en poco tiempo, en plena juventud, una tarea que constituiría honrosamente la labor de una larga vida».

Universidad de Granada Alberto Gómez Izquierdo, y, por supuesto, Miguel Asín ¹⁰.

Revista de Aragón se distinguió por su calidad intelectual y la seriedad de su empeño, lejos de cualquier populismo o nacionalismo. Intentó combinar los artículos históricos, científicos y literarios con iniciativas prácticas de carácter industrial, mercantil y agrícola. Así, por ejemplo, el primer artículo del número 1, aparecido en enero de 1900, se titulaba «Presente y porvenir de la industria azucarera»; y a la primera colaboración de Asín, meses más tarde, le seguía un trabajo sobre «Plantación de árboles frutales», que firmaba el Dr. Campiel. Sin embargo, el entusiasmo del grupo de intelectuales aragoneses aglutinados alrededor de esta original publicación no encontró suficiente apoyo social. La revista dejó de publicarse en 1905, aunque tuvo una espléndida y efímera continuidad, ya en Madrid, en la nueva revista *Cultura Española* (1906-1909) que, sustentada en el esfuerzo de Ribera y Asín, representó -en palabras de Emilio García Gómez- «el mejor espejo de aquellos años en el terreno científico».

Para el joven doctor Asín, ajeno a las polémicas políticas y absorto en sus libros árabes, la revista aragonesa fue un magnífico taller de formación. En ella publicaría numerosas reseñas bibliográficas y varios e interesantes trabajos de historia de la filosofía. Destaquemos entre estos últimos su estudio sobre «El filósofo zaragozano Avempace», que apareció a lo largo de los años 1900-1901 en un total de ocho entregas.

Ibn Bāṣṣa, es decir, el Avempace de los latinos, fue considerado por Ibn Ṭufayl como el pensador «de entendimiento más fino, de especulación más segura, de visión más veraz» de su época en la España musulmana. Averroes, que lo cita con frecuencia, sigue casi siempre sus puntos de vista. Sin embargo, influyó poco en la Escolástica, sus escritos permanecieron inéditos durante siglos, y

¹⁰ Alberto Gómez Izquierdo publicó el primer trabajo monográfico sobre Asín: «Estudios de Asín Palacios sobre la filosofía musulmana», *La Ciencia Tomista*, Madrid, 1914. Sobre Asín e Ibarra, véase Carlos Riba, *Semblanzas enlazadas de dos insignes catedráticos aragoneses: D. Eduardo Ibarra, D. Miguel Asín*, Zaragoza, 1944.

hasta en su propia patria su nombre cayó en el olvido. Al intentar explicar tales hechos, recordaba Asín una triste reflexión de don Juan Valera: «se diría que, cuando expulsamos a los moros y a los judíos, los quisimos expulsar para siempre y borrar hasta su memoria de entre nosotros». Para él, la causa principal de ese eclipse se debió a que la fama de Averroes oscureció injustamente la de su genial predecesor, de modo similar a como ocurriría más tarde con Alberto Magno y su discípulo Tomás de Aquino.

En el estudio sobre *Avempace* aparece ya, aunque con un desarrollo embrionario, la metodología historiográfica que daría tan merecido prestigio a Miguel Asín: reconstrucción inteligente del mundo histórico en que vivió el pensador, basándose para ello en fuentes árabes; análisis de su producción bibliográfica, en la que distinguió oportunamente las obras originales de los comentarios; explicación de sus principales teorías filosóficas a través de los fragmentos conservados; estilo claro y didáctico, propio de quien busca más la utilidad del lector que el lucimiento personal. Asín no escatima elogios para con *Avempace*: además de calificarlo de «el único filósofo zaragozano», llega hasta a considerarlo «el padre de la filosofía árabe española»¹¹.

La laguna principal que se observa en estos artículos es la escasez de textos filosóficos manejados, algo inevitable a comienzos de siglo. Hacia el final de su vida, él mismo colmaría esa laguna con la edición y traducción de algunas importantes obras, siendo así el primer editor moderno de su ilustre paisano *Avempace*. Tras las huellas de Asín, otro medievalista aragonés, el Catedrático de Filosofía de la Universidad de Zaragoza Joaquín Lomba, prosigue y renueva en estos últimos años los estudios *avempacianos*¹². Esperamos que su meritorio esfuerzo culmine

¹¹ *Revista de Aragón*, nº 7, julio de 1900, pp. 194-195.

¹² Cfr. Joaquín Lomba Fuentes, *Avempace*, Zaragoza, 1989. La parte central de este volumen, dedicada a su pensamiento, ha sido reproducida en Andrés Martínez Lorca, Coord., *Ensayos sobre la filosofía en al-Andalús*, Barcelona, 1990, pp. 327-358.

con la edición castellana de los nuevos escritos de Ibn Bāyṣa, hasta hace poco desconocidos.

Asín como intelectual católico

Un tercer trabajo fundamental en este período de formación es el titulado «El averroísmo teológico de Santo Tomás de Aquino»¹³, que nos sirve para situar a don Miguel Asín como pensador y sacerdote católico, aspecto que no puede soslayarse al estudiar su evolución intelectual.

No disponemos de fuentes que informen en detalle sobre la formación filosófico-teológica que recibió en el Seminario conciliar de Zaragoza, donde sería ordenado sacerdote en 1895. Sólo tenemos noticia, a través de su mejor biógrafo, de que «otro de sus grandes maestros fue el profesor de Teología dogmática del Seminario, don Juan Cruz Aranaz». Sabemos también por Ribera que obtuvo el Doctorado en la Facultad de Teología de Valencia, en 1897.

Todo indica, sin embargo, que, ya fuera por influencia de alguno de sus profesores, o bien por lecturas propias, el joven sacerdote aragonés que se iniciaba en el arabismo simpatizó pronto con la renovación del pensamiento católico impulsada desde Bélgica por D. Mercier. Con la fundación en 1882 de una Cátedra de filosofía tomista y la creación en 1893 del Instituto Superior de Filosofía de Lovaina, «el tomismo toma enseguida el aire de una filosofía viva, abierta al mundo contemporáneo, preocupada del diálogo con las ciencias positivas y con la filosofía moderna»¹⁴.

¹³ *Homenaje a D. Francisco Codera en su jubilación del profesorado. Estudios de erudición oriental*, Zaragoza, 1904, pp. 271-331; hay reproducción en Miguel Asín Palacios, *Huellas del Islam*, Madrid, 1941, pp. 11-72.

¹⁴ Fernand Van Steenberghen, *Introducción à l'étude de la philosophie médiévale*, Lovaina, 1974, p. 212. De interés para este tema, todo el capítulo V del libro, pp. 211-282.

Este movimiento neo-escolástico tuvo que soportar durante largo tiempo los ataques y denuncias del tomismo conservador que rechazaba las innovaciones. En España, mientras tanto, el catolicismo tradicional mantuvo su hegemonía, impermeable a las nuevas ideas.

A contracorriente, Asín tuvo desde joven una actitud abierta hacia las tendencias renovadoras de la filosofía cristiana, como lo demuestran las esclarecedoras páginas de su Tesis sobre Algacel, antes citadas, y su correspondencia de esos años. Así, elogia en estos términos a su gran amigo el sacerdote Alberto Gómez Izquierdo: «Es un mercierista entusiasta que trabaja con fe y muy buen juicio por sacar a nuestra escolástica de sus *rancias rutinas*». Y en otra ocasión: «...bien sabe usted que este asunto de Alberto [Gómez Izquierdo] es mi obsesión desde que veo cómo le cierran todas las puertas a un hombre cuyo entusiasmo científico merecería mejor suerte en cualquier parte que no fuera *esta tierra de rutinarios*»¹⁵.

El papel de Asín como intelectual católico ha sido poco atendido hasta ahora. Creo que el arabista Mikel de Epalza es quien más y mejor lo ha estudiado. Detengámonos en este análisis.

A lo largo de su vida, Miguel Asín fue sacerdote ejemplar, profundo creyente, y hombre austero y piadoso; pero, paradójicamente, nunca ejerció de teólogo. «Sacerdote de buena formación escolástica, no tenía la menor pretensión teológica y no se presentaba sino como historiador de las religiones». Para Epalza, sólo en dos ocasiones habría realizado un pequeño estudio teológico, sobre el origen y el valor de la mística fuera del cristianismo, en los prólogos a *El Islam cristianizado* (1931) y a *La espiritualidad de Algazel y su sentido cristiano* (1934). Sin embargo, y quizá con razón, este mismo estudioso ha caracterizado a Asín (y también a Massignon) como auténtico teólogo, pero no de una teología

¹⁵ Correspondencia entre Menéndez y Pelayo y Asín», cit., pp. 408 y 412, subrayado mío.

dogmática sino de una teología espiritual y profunda, en la que descubre precisamente «uno de los motores fundamentales y totalizadores de su actividad, como hombres, como cristianos y como islamólogos»¹⁶. Cabría preguntarse, no obstante, si no estaría más próxima la espiritualidad de Asín a la mística que a la teología en sentido estricto.

La religiosidad de Asín, alejada de cualquier desviación inquisitorial, y su amor a la verdad que le hacía huir de todo sectarismo, condujeron a este sacerdote arabista a adoptar una actitud permanente de diálogo, tanto en el plano de las ideas como en el de las creencias. «Como eclesiástico, supo escoger temas y enfoques que unieran positivamente el Cristianismo y el Islam. Participó de una corriente europea, viva entre los eclesiásticos con sólo algunas excepciones, que abandonó las polémicas virulentas contra el Islam y sus creencias, para optar por un conocimiento y una presentación racional y positiva, no exenta de simpatía, hacia la religión musulmana y su civilización. Era fruto de la racionalización decimonónica de la historia de las religiones, que finalmente llegaba hasta los círculos católicos»¹⁷.

Las raíces averroístas de la teología de Tomás de Aquino

Volvamos ahora al mencionado artículo de Asín sobre «El averroísmo teológico de Santo Tomás de Aquino». Debemos recordar que para Tomás de Aquino el descubrimiento de las obras de Aristóteles y de los comentarios de Averroes, fue decisivo. Que el primer auténtico receptor del filósofo cordobés fue Tomás de Aquino, nadie, sin embargo, supo verlo antes de E.

¹⁶ Art. cit., pp. 165-166. Véase también del mismo autor «Algunos juicios teológicos de Asín Palacios sobre el Islam», *Pensamiento*, 1969, 25, pp. 145-182.

¹⁷ Mikel de Epalza, «El Padre Félix María Pareja y los eclesiásticos en el arabismo español del siglo XX», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, 1984, p. 42.

Renan. En su *Averroès et l'averroïsme*, publicado en 1852, explicaba así esta vinculación: «Santo Tomás es a la vez el más serio adversario que la doctrina averroísta ha tenido y -puede afirmarse sin paradoja- el primer discípulo del Gran Comentador. Alberto se lo debe todo al persa Avicena; Santo Tomás, como filósofo, se lo debe casi todo al español Averroes. El más importante de sus plagios fue, sin duda, el método que sigue en sus escritos filosóficos»¹⁸.

La hipótesis de Asín significó un paso adelante respecto a Renan, pues ampliaba las semejanzas entre ambos pensadores al campo de la teología. No se le escapaba a él mismo lo novedoso de tal interpretación: «...no dejará de llamar la atención el hecho de que coloquemos en dos escuelas diametralmente opuestas a Averroes y a los averroístas cristianos, y que consideremos como defensores del mismo ideal armónico a dos hombres, Santo Tomás y Averroes, que siempre han sido estimados como irreconciliables enemigos.(...) Procuraré demostrar que...la doctrina teológica de Averroes para conciliar la razón y la fe coincide en un todo con la del Angélico Doctor»¹⁹.

El método que sigue aquí Asín consiste en analizar, primero, las concepciones contrapuestas de Tomás de Aquino y de Siger de Brabante respecto al problema de las relaciones entre razón y fe. Después, estudia las principales doctrinas teológicas de Averroes contenidas en los tratados *Faṣl al-maqāl* y *Kaṣf'an manāhiḡ* (que figuraban en la edición egipcia que manejaba) y además en la obra polémica *Tahāfut*. Por último, compara las tesis tomistas sobre puntos teológicos centrales (vg. las pruebas de la existencia de Dios, la cuestión de la unicidad de Dios, la concepción de la ciencia divina, etc.), extraídas de la *Summa contra gentes* y de la *Summa Theologiae*, con los correspondientes textos de Averroes. Su

¹⁸ Averroes y el averroísmo, traducción de Edmundo González-Blanco, Valencia, s.d., tomo II, p. 70.

¹⁹ *Huellas del Islam*, cit., p. 14.

conclusión no dejaba lugar a dudas: «El pensamiento religioso de Averroes, estudiado en sí mismo... y comparado con el de Santo Tomás, aparece, pues, análogo en un todo al de este último: analogía en la actitud o punto de vista general, analogía en las ideas y ejemplos, analogía, a veces, hasta en las palabras. (...) Averroes y Santo Tomás coinciden en las principales tesis teológicas, cuyas antítesis fueron la característica esencial de la escuela agustiniana. Esto explica por qué los partidarios de esta escuela procuraron envolver a Santo Tomás en la condenación del averroísmo latino, incluyendo entre las proposiciones anatematizadas algunas del Angélico Doctor»²⁰. Para Asín, en resumen, tales coincidencias doctrinales no tienen otra explicación científica que la imitación de la fuente árabe, bien a través de las traducciones latinas de Averroes, bien mediante el préstamo que otros escolásticos, fundamentalmente dominicos, hicieron de modo directo y transmitieron después.

La audaz hipótesis de Asín ha sido confirmada, e incluso ampliada, por las investigaciones recientes. Mencionemos algunas de éstas: nuevas influencias descubiertas en la teología²¹, la psicología²², y la metafísica²³.

Concluamos este apartado subrayando que don Miguel Asín siguió fiel hasta la muerte en la defensa de un pensamiento católico abierto a las nuevas realidades del mundo moderno y a los avances de la ciencia. Su actitud crítica respecto a la pereza mental y a la escolástica rutinaria, no se quebró nunca. Sabemos por don Emilio García Gómez, tan fiel discípulo como valioso testigo, que «los retratos de los dos cardenales Newman y Mercier

²⁰ *ibid.*, pp. 50 y 59.

²¹ José M^a Casciaro, *El diálogo teológico de Santo Tomás con musulmanes y judíos. El tema de la profecía y la revelación*, Madrid, 1969.

²² Salvador Gómez Nogales, «Hacia una nueva interpretación de Averroes», en *Al encuentro de Averroes*, edición de Andrés Martínez Lorca, Madrid, 1993, pp. 53-69. Véase también del mismo autor «Saint Thomas, Averroès et l'averroïsme», en *Aquinas and problems of his time*, Lovaina, 1976, pp. 161-177.

²³ Alfonso García Marqués, *Necesidad y substancia. Averroes y su proyección en Tomás de Aquino*, Pamplona, 1989.

presidían siempre su cuarto de trabajo». En plena madurez intelectual, y antes de los trágicos años de la Guerra Civil, Asín quiso sumarse al homenaje al dominico P. Mandonnet, una de las figuras del centro tomista renovador de Saulchoir, con un trabajo en el que proponía esta revolucionaria hipótesis: «el súbito progreso de la teología escolástica del siglo XIII podría atribuirse no sólo a la introducción de las obras meramente *filosóficas* de los musulmanes, sino también a la de algunos tratados estrictamente *teológicos* de dogmática musulmana²⁴.

Hombre de ciencia y hombre de religión, Asín fundió armónicamente ambas dimensiones de su rica personalidad. Muy atinadas me parecen a este propósito las palabras que escribiera en su elogio póstumo un arabista francés: «Para todos los que lo conocieron, Miguel Asín quedará como una figura sin sombra, en quien la investigación científica y la vida sacerdotal se unían en una exigencia sin límite de probidad intelectual, de rigurosa justicia en la apreciación de los hombres y de las ideas, y de inagotable caridad. Discípulo del Cardenal Mercier y de Newman, unía al flexible rigor de un pensamiento formado en las disciplinas tomistas, el don de comprender y de amar a las almas más diversas. Fiel a la tradición newmaniana, estaba contra todo lo que divide y a favor de todo lo que une»²⁵.

²⁴ «Un aspecto inexplorado de los orígenes de la Teología escolástica», en *Mélanges Mandonnet*, París, 1930, tomo II, p. 59.

²⁵ Henri Terrasse, «Nécrologie: Miguel Asín Palacios (1871-1944)», *Hespéris*, 1945, XXXII, p. 14.